

Inseparabilidad entre sujeto y medio ambiente

Las relaciones humanas representan, sin duda, uno de los más grandes tesoros y, también, uno de los más grandes desafíos de la vida. El budismo afirma que existe una profunda interrelación entre todas las personas. Y enseña que compartimos lazos profundos con nuestros familiares y amigos, y con todos los que nos rodean. Dicha afirmación tiene apoyatura en uno de los conceptos fundamentales de la cosmovisión budista: la inseparabilidad entre el sujeto y el entorno (**esho funi**). Así pues, este concepto nos propone considerar que el sujeto y el medio donde aquel se desenvuelve mantienen un vínculo interactivo, de compenetración y de armonía.

Aunque percibimos las cosas que nos rodean como separadas de nosotros, existe una dimensión de nuestra vida que es una con el universo. En el nivel más esencial, no hay separación alguna entre los seres humanos y su entorno. La vida se manifiesta, tanto en el sujeto como en su ambiente. Nichiren Daishonin, fundador del budismo que practican los miembros de la SGI, escribió: "El ambiente es como la sombra; nuestra vida, como el cuerpo. Sin cuerpo, no puede haber sombra. Y sin vida, tampoco puede haber ambiente. De igual modo, la vida adquiere forma a través del ambiente". En efecto, comprender esta inseparabilidad es crucial. El ambiente y el sujeto parecen, a simple vista, fenómenos separados que ejercen influencia recíproca; con todo, en esencia ambos corporifican la realidad suprema de la vida (Nam-myoho-renge-kyo). Son "dos, pero no dos"; o, dicho de otro modo, son esencialmente una sola cosa. El budismo se refiere a este principio como la "inseparabilidad entre el sujeto y su entorno".

Una falencia muy común en el hombre es endilgar su sufrimiento a cosas externas, ya se trate del prójimo, de circunstancias ajenas al control del sujeto o a lo que fuere, en lugar de buscar las causas en su interior. No obstante, si basamos nuestra vida en el principio de que la vida y su ambiente son inseparables, vemos que la causa fundamental de todas nuestras desdichas y tribulaciones no yace en el entorno, sino en

nosotros mismos.

El ser humano, más que vivir a merced de su ambiente impredecible y sometido al cambio incesante, puede ejercer influencia sobre el entorno, desde adentro hacia afuera, sólo si toma conciencia de este principio fundamental.

El principio fundamental del budismo de Nichiren Daishonin es que todos tenemos ese potencial que se denomina Budeidad. Cuando cultivamos y expandimos nuestra Budeidad, nuestros actos van concordando cada vez más con nuestra sabiduría interior y con nuestro profundo amor compasivo hacia el resto de los seres. Y a medida que establecemos una felicidad indestructible como núcleo, ésta resuena y reverbera en el mundo circundante. Este principio nos alienta a extraer nuestra naturaleza de Buda innata, de manera tan sólida y firme, que podamos construir una dicha interior inquebrantable, sean cuales fueren los problemas o las alegrías que nos ofrezca nuestro entorno.

El "ambiente" es el entorno objetivo donde los efectos kármicos se corporifican. Cada ser viviente posee su propio ambiente, que le es único; por ejemplo, una persona cuyo estado de vida es el infierno puede llegar a percibir el ambiente dentro de un tren subterráneo atestado de gente como una situación desesperante; a su vez otra, que se encuentra en el estado de bodhisattva, puede llegar a experimentar un sentimiento de empatía y de camaradería con las personas amontonadas en el tren.

Las personas también crean el ámbito físico que refleja su realidad interior. Por ejemplo, alguien que sufre de depresión tiende a descuidar su hogar y su aspecto personal. Contrariamente, una persona generosa y segura de sí, genera una atmósfera cálida y atractiva para quienes la rodean.

De acuerdo con el budismo, la totalidad de lo que existe alrededor de nosotros, incluido el trabajo y las relaciones familiares, es un reflejo de nuestra vida interior. Todo es percibido por el sujeto y se modifica según su estado de vida. De modo que, si

cambiamos nosotros, nuestras circunstancias inevitablemente cambiarán también.

Dondequiera que nos encontremos, en cualquier circunstancia, tenemos la capacidad de hacer surgir nuestra Budeidad innata y de transformar nuestro ambiente en "tierra de Buda", un ámbito pleno de dicha, donde podemos crear valor para nosotros y para los demás.

En un escrito de Nichiren Daishonin encontramos el siguiente pasaje: "[...] si el corazón de las personas es impuro, su tierra también lo es, pero si su corazón es puro, igualmente puro es el sitio en que viven. No existen, en sí mismas, una tierra pura y otra impura; la diferencia reside en el bien y el mal que hay en nuestro interior" Los escritos de Nichiren Daishonin, Tokio: Soka Gakkai, 2008, pág. 4.. (Aquí "el mal" se refiere a acciones egoístas y mezquinas que son producto de la codicia, la arrogancia, el miedo y la agresión.)

La mejor acción que podemos emprender en bien de la sociedad y de la tierra es transformar nuestra propia vida, para sustraerlas del influjo de la ira, la codicia y el temor. Cuando podemos actuar con sabiduría, generosidad e integridad, naturalmente tomamos mejores decisiones y recibimos la protección y el sustento de nuestro entorno natural.

También es cierto que, con frecuencia, no podemos anticipar los resultados a largo plazo de nuestras acciones, y que resulta un tanto difícil aceptar que las decisiones de un solo individuo pueden afectar realmente el mundo; sin embargo, el budismo enseña que, a través de la inseparabilidad del individuo y el medio ambiente, todo está interconectado. Cuanto más firme sea nuestra convicción de que nuestras acciones pueden influir profundamente en todo, mayor será la influencia que logremos ejercer en nuestro entorno.